



UNIVERSIDAD DE CHILE

UNIVERSIDAD DE CHILE

Programa Académico de Bachillerato

---

# **Resistencia, organización y dignidad: Un recorrido por las Ollas Comunes en Santiago (1973-2021)**

---

## **Ensayo Monográfico**

Para obtener el grado académico de:

BACHILLER CON MENCIÓN EN CIENCIAS SOCIALES  
Y HUMANIDADES

Presenta:

SOL ZAMORANO LEYTON

Profesor:

SEBASTIÁN CAVIEDES HAMUY

Diciembre de 2021



UNIVERSIDAD DE CHILE

## Índice

<b>Resistencia, organización y dignidad: Un recorrido por las Ollas Comunes en Santiago (1973-2021)</b>	<b>1</b>
<b>Índice</b>	<b>2</b>
<b>Resumen</b>	<b>3</b>
<b>Introducción y problematización</b>	<b>4</b>
<b>Sobre las disidencias y un orden deslegitimado</b>	<b>8</b>
<b>Un fenómeno trascendente en la historia, el tiempo y su multidimensionalidad</b>	<b>13</b>
<b>De autenticidad, particularidades y un orden invertido</b>	<b>20</b>
<b>Culpas, causalidades y reflexiones finales</b>	<b>23</b>
<b>Referencias Bibliográficas</b>	<b>27</b>



UNIVERSIDAD DE CHILE

## Resumen

Las Ollas Comunes son un fenómeno que ha trascendido generaciones debido a la contingencia y emergencia que las atraviesa y que es inherente a ellas: la necesidad de alimentación de las comunidades en situación de marginalidad, vulnerabilidad y/o pobreza multidimensional. Ante un Estado Subsidiario que no se hace cargo de problemáticas de índole social, las mujeres pobladoras se ven en la obligación de atender a las necesidades ya no sólo de sus familias, sino que de toda su comunidad, con el único objetivo de subsistir.

Trazando su propio camino en busca de la subsistencia, las Ollas Comunes adquieren un valor sentimental y se posicionan como trincheras de lucha y resistencia ante un sistema basado en la explotación y la desigualdad, en el olvido y las miras al progreso y hacia un futuro que -en realidad- no existe.

Con la fuerza de la historia y ante una emergencia sociosanitaria sin precedentes, las Ollas Comunes resurgen, con sus particularidades de siempre, y por supuesto también con cualidades nuevas que atienden a la novedad de la situación, al cambio natural de los tiempos y a la heterogeneidad propia de los fenómenos sociales.

***Palabras clave: Ollas Comunes, contingencia, subsistencia, resistencia.***



UNIVERSIDAD DE CHILE

## Introducción y problematización

Santiago de Chile es percibido, dentro de Latinoamérica, como uno de los centros urbanos con mejor calidad de vida, con mayores índices de crecimiento económico y desarrollo social. Sin embargo, la realidad dentro del país es muy diferente. Lo anterior queda demostrado con datos que expresan que, aún cuando haya cifras positivas respecto al crecimiento económico nacional, ese crecimiento no se ve reflejado en la calidad de vida de los y las pobladoras más pobres (Rodríguez y Winchester, 2001). Nos referimos, entonces, a una ciudad con altos índices de urbanización y en constante modernización, pero muy segregada. Y esta segregación no se materializa únicamente en términos territoriales, sino también políticos, sociales y económicos; el acceso al trabajo, centros de salud, instituciones educacionales -y otros espacios que permiten la participación pública- se tornan de difícil acceso. Lo anterior repercute en una pérdida del espacio público físico y de la sociedad política por parte de la población constantemente marginalizada (Rodríguez y Winchester, 2001).

El fenómeno de la segregación hacia sectores periféricos es, actualmente, un fenómeno común y en aumento, que se explica principalmente por “la marcada preeminencia de un mercado desregulado en la asignación de recursos, en la localización de las inversiones para servicios básicos así como en infraestructura urbana” (Rodríguez y Winchester, 2001). Ahora bien, considerando el contexto sociosanitario actual, esta situación se ha visto radicalizada debido a las limitaciones sanitarias; la precariedad de las viviendas; el difícil acceso a servicios básicos y la necesidad de salir a trabajar de manera informal debido a las preocupantes cifras de desempleo y a la dificultad de acceso al empleo formal (Espinoza, 2020).

En este marco de precariedad actual, las comunidades más vulnerables se han visto en la necesidad de organizarse y hacer frente a las falencias que el Estado no cubre. Ante esto, se han desarrollado una serie de iniciativas de organizaciones autónomas, alejadas de las formas institucionalmente legitimadas. En este sentido, la organización que se genera en torno a la alimentación, es un fenómeno que en Chile



UNIVERSIDAD DE CHILE

se desarrolla desde -por lo menos- fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, como reacción a la pobreza causada por factores estructurales, derivando así en la organización territorial que recibe el nombre de *Olla Común*. Esta forma de organización, actualmente destaca no sólo por su contingencia y ataque directo a una necesidad tan básica como lo es la alimentación, sino también por la carga histórica que porta consigo. De esta manera, las Ollas Comunes se configuran como un “ejemplo de la lucha de un pueblo que, unido, es capaz de organizarse por sí solo en la adversidad de su propia historia” (Espinoza, 2020).

Ahora bien, es importante entender cómo y porqué las comunidades deben llegar al punto de la autogestión para poder saciar sus necesidades básicas, puesto que -como ya se estableció- este no es un fenómeno aislado y tampoco es un fenómeno coyuntural, sino que cuenta con una trayectoria histórica y, por lo mismo, es posible establecer causalidad en su materialización.

La principal causa de la autogestión comunitaria en la actualidad es la implantación del modelo neoliberal en Chile durante la Dictadura (1973-1990) y, de la mano con ello, un Estado Subsidiario. Este último elemento es fundamental para comprender la motivación de las organizaciones comunitarias, puesto que desde las lógicas subsidiarias, el Estado funciona como un ente que ampara las maniobras del libre mercado y deja a su suerte a la mayoría de la población que no cuenta con un trabajo estable y que, de ser así, sus condiciones laborales son precarias y los sueldos no son suficientes para cubrir siquiera las necesidades básicas. Ante esto, las comunidades se han visto en la necesidad de generar alternativas que, mediante la solidaridad popular, les permitan cubrir aquello que el Estado no considera (Petras, 2003).

Las organizaciones comunitarias se entienden, entonces, desde una perspectiva alejada de la institucionalidad y legitimidad que ésta entrega, en tanto se configuran como una forma de resistencia ante un sistema segregador e impersonal, una resistencia hacia un cierto poder legitimado. Así, desde una realidad ajena a la que se vive dentro de los círculos político-institucionales, las comunidades se organizan en



UNIVERSIDAD DE CHILE

función de sus necesidades y se convierten en protagonistas de su propia historia; en agentes sociales que descubren su capacidad de transformación. Es por lo mismo, que las organizaciones nacidas desde la coordinación popular, sobretudo en períodos de emergencia -como las Ollas Comunes- no tienen intención de contar con una legitimación institucional, ni de transformarse en organizaciones políticas; o al menos no de la forma en que se suele entender la política. La resistencia, la solidaridad, la organización y articulación territorial son una forma de hacer política y de manifestar no sólo las falencias del Estado en materia de políticas sociales, sino también una forma de comprobar el poder que se puede ejercer desde las masas organizadas (Espinoza, 2020).

Por otro lado, retomando de lleno el tópico de las Ollas Comunes en Chile, es pertinente rescatar y recoger la importancia de remontarse hacia el pasado de estas organizaciones, particularmente en el contexto de Dictadura militar en Chile. Tal como sugiere Hardy (2020), estas organizaciones, protagonizadas por mujeres dueñas de casa, consiguieron generar un tejido social complejo, con lógicas propias y autónomas de democracia y funcionamiento, lo que contribuyó a generar no sólo un consenso popular sobre la importancia de la organización territorial autónoma, sino además una memoria colectiva que continúa vigente hasta el día de hoy. Precisamente es esa memoria la que se hace patente en la actualidad, en el marco de una crisis social y humanitaria, ante la que el Estado no está tomando las medidas necesarias.

Sumado a lo anterior, y entendiendo que “los actuales niveles de desconfianza que proliferan en democracias de baja densidad participativa, en sociedades que como la chilena están marcadas por las desigualdades, requieren actores sociales colectivos que permitan tejer lazos de la política con la ciudadanía” (Hardy, 2020, p. 11), resulta interesante rescatar y profundizar en este fenómeno, debido a su trascendencia histórica a nivel nacional, a que se configura como una práctica latente en la actualidad y que define de forma concreta las falencias del sistema de participación institucional vigente. Por otra parte, las Ollas Comunes ponen de manifiesto las falencias estructurales del país; al mismo tiempo que otorgan validez a la organización territorial



UNIVERSIDAD DE CHILE

y se manifiesta la urgencia de cambiar el paradigma con el que se tiende a justificar que este tipo de fenómenos no son legítimos.

Otro aspecto a relevar de este tipo de organizaciones es el destacado protagonismo de mujeres y su aparición en cargos de dirigencia de Ollas Comunes o redes de solidaridad popular. En este sentido, es importante mencionar que no sólo las organizaciones territoriales han sido invisibilizadas durante la historia, sino también las mujeres y sus aportes al desarrollo de procesos tan importantes como lo es la cobertura de necesidades básicas. Aunque arraigado a las lógicas del trabajo doméstico, el trabajo colectivo desarrollado en las Ollas Comunes entre mujeres se configura como un espacio de resistencia ante lo socialmente establecido. Esto, en términos de romper con la noción de que la mujer debe mantener su trabajo dentro de la burbuja privada de la familia y abrir la posibilidad de ingresar a la esfera de lo público, ejerciendo de forma efectiva su rol como agentes transformadores de la sociedad.

Es posible notar, que si bien las organizaciones populares, y específicamente las Ollas Comunes, se insertan en un orden social establecido, vienen a romper con este status quo y a establecer uno nuevo, propio, que se adapte a la realidad concreta que habitan los y las pobladoras. Esta ruptura se manifiesta, por una parte, en la forma de organización interna de este tipo de articulaciones sociales, por cuanto tienden a mantener lógicas horizontales y colaborativas, lo que repercute en la configuración de nuevos roles distintos a los socialmente establecidos, como por ejemplo el de la mujer. Por otro lado, también es posible dar cuenta de una ruptura o transformación en las formas de relación con lo institucional; en este caso, no existe un interés por mantener lazos con los municipios ni con instituciones gubernamentales. Es así, entonces, como ante la ineficacia de un orden general, se establece un orden social dentro de otro; un orden autónomo y al mismo tiempo dependiente, por cuanto necesariamente se articula en función de la segregación de este otro orden mayor.

A partir de lo anterior es que se desarrollará a lo largo de este Ensayo Monográfico una reflexión sobre la tensión existente entre las organizaciones populares



UNIVERSIDAD DE CHILE

y la organización institucional o legitimada desde el Estado, profundizando en las lógicas y dinámicas propias de las Ollas Comunes, por cuanto se configuran como un fenómeno con una historicidad auténtica, marcada por la resistencia y por la inversión y deslegitimación del orden hegemónico.

### **Sobre las disidencias y un orden deslegitimado**

Históricamente, las zonas vulnerables y segregadas han sido concebidas por la mayoría de la población como sectores alejados del orden civilizado y, por ende, se les asocia a la idea de desorden. Tal como se desarrolló en el anterior capítulo, la Organización Comunitaria y específicamente las Ollas Comunes guardan estrecha relación con la segregación urbana y los procesos de marginalización que han tenido lugar en las ciudades.

Ahora bien, ¿por qué es la organización comunitaria concebida como un fenómeno insertado de manera ilegítima dentro del orden civilizado y no como un orden alternativo y conviviente con el orden hegemónico? Pues porque, tal como sugiere Matus (2009), generalmente se asocia a la idea de desorden todo aquello que vaya en contra del status quo, y que sea percibido como un eje desestabilizador del mismo. En este sentido, las masas populares han sido históricamente posicionadas en la sociedad con el sello del desorden, con esta idea de desestabilización del orden establecido. No obstante, al surgir este desorden dentro de un orden, ¿no se estaría configurando un orden dentro de otro o al lado de otro?, ¿por qué catalogar como des-orden a aquello que funciona de forma autónoma, diferida y conviviente con el orden hegemónico?

El fenómeno de las organizaciones comunitarias grafica de forma magistral el hecho de que efectivamente puede existir más de un orden social dentro de una misma sociedad, y que ello no le quita legitimidad a este orden no institucional, sino que al revés: la institucionalidad y su poder que parece totalizante es deslegitimada con la existencia de este tipo de disidencias del status quo, que se configuran como



UNIVERSIDAD DE CHILE

resistencias de poder, o bien como contra-poderes. ¿Qué es el contra-poder? De acuerdo a lo planteado por Borón (2006), este concepto se posiciona como una contraposición al poder hegemónico, como una respuesta a él y, por lo tanto, poder hegemónico y contra-poder se configuran como una dualidad. Sin embargo, no funcionan como una dualidad estable en el tiempo, sino que eventualmente encuentra una solución; ya sea orientada hacia las demandas enunciadas desde el contra-poder o hacia aquello sujeto del poder hegemónico. Con esto, cabe cuestionarse si las Ollas Comunes funcionan efectivamente como contra-poderes. En ese caso, debe entenderse que no cuentan con una estabilidad intrínseca, sino que ante cualquier eventualidad que mejore la situación socioeconómica de las personas -aunque sea de forma transitoria-, se disuelven, puesto que la necesidad alimentaria ya no se encuentra en emergencia. En cambio, si concebimos que funcionan como articulaciones sociales trascendentes y con una estabilidad no necesariamente material, pero sí desde el plano de la buena experiencia que se ha patentado a lo largo de la historia, generando gérmenes organizativos casi indestructibles, entonces es posible establecer que aún cuando la emergencia alimentaria se apacigüe, la organización no habrá muerto realmente, sólo se habrá disipado de forma momentánea.

Si bien las Ollas Comunes surgen desde las emergencias alimentarias y, por ende, son efectos de la contingencia propia de lo social, desde mi punto de vista no se configuran como organizaciones articuladas con lógicas de contra-poder, pues cuentan con una trascendencia no sólo temporal, sino que también cuentan con una dimensión sentimental muy potente, que nunca les permite desaparecer del todo. Y esto es de suma importancia, pues no es lo material lo único existente; los fantasmas del pasado están siempre presentes, y nos acompañan en la construcción del futuro. Por lo tanto, si bien la organización pareciera disiparse en términos materiales, desde lo sentimental y en términos de la memoria colectiva, jamás desaparece.

Ahora bien, más allá de lo paradójico que pueda resultar la existencia y reproducción de un orden dentro del desorden que habita -a su vez- un orden mayor,



UNIVERSIDAD DE CHILE

es pertinente rescatar rasgos propios de estas históricas formas de organización popular. En primer lugar, es necesario precisar que las organizaciones comunitarias -o populares- son una forma de orden alternativo, viable y legítimo, desde la perspectiva de la autonomía del ser humano, en el sentido de la prescindibilidad de ser regidos por un orden hegemónico, ya sea este orden impuesto por el Estado o por un ente privado (Godínez, 2021). Pueden también ser comprendidas, desde la perspectiva de Foucault (2007), como una resistencia a un poder que se deja ver como totalizante, entendiendo que no existe tal cosa como un poder sin resistencia, pues es ésta la que permite aseverar que efectivamente se está ejerciendo poder. Comprendiendo esta viabilidad y esta resistencia, es también necesario reflexionar sobre la capacidad de los seres humanos de transformar aquello que no les resulta justo y/o cómodo. Y en lo anterior es posible reconocer una lucha de poderes, en donde las relaciones de poder se ordenan en torno a “una fuerza (...) en la cual actúan las mutuas capacidades de presión, persuasión e influjo (...) se teje una red de poderes” (Illanes, 2006, p.29). Dichos poderes serían, por una parte, el orden impuesto por parte del Estado y su hegemonía desde la violencia y, por otra, el poder de facto con el que cuenta la sociedad civil y la organización popular, que les permite generar resistencias ante la violencia ejercida por el Estado y sus instituciones asociadas.

Se genera, entonces, en esta dualidad de poderes, una tensión entre lo institucional y legítimo -ante los ojos de la institucionalidad- y lo des-ordenado, lo que está fuera de cuadro, este punto de fuga que son las organizaciones populares. Y es que históricamente las organizaciones de la sociedad civil se han configurado como un eje de resistencia, una articulación de poder fáctico que posee todo ser humano pero que -y reitero una vez más- se deja percibir como si estuviera concentrado y legitimado sólo en las manos del Estado, y desde la implantación del neoliberalismo, también en entes privados; es decir, en grandes magnates imaginarios, movilizados únicamente por la fuerza de poder que reside en cada ser humano.

Ahora bien, ¿de dónde proviene este afán del Estado por reproducir un orden hegemónico y civilizatorio? Pues bien, esta noción de *deber civilizatorio de la barbarie*



UNIVERSIDAD DE CHILE

proviene -desde una perspectiva antiimperialista- de las lógicas europeístas que fueron aplicadas en Latinoamérica durante el período de la Colonia (Quijano, 1992), y que posteriormente se cristalizaron con la formación de la República de Chile en el siglo XIX. El Estado como lo conocemos vendría siendo esta especie de sujeto salvador de la barbarie y las malas costumbres, este ente invisible que pretende regular las acciones de los sujetos y establecer una forma única, viable y razonable de actuar. Sin embargo, la realidad material nos sugiere lo contrario: el poder no reside real ni únicamente en dicho ente invisible llamado Estado, sino en las particularidades y condiciones de posibilidad que brinda la realidad concreta a cada persona. Y el poder tampoco es algo estático ni totalizante; sino algo dinámico, que está constantemente en disputa, y que puede residir en más de un lugar de forma simultánea. El poder es un constante *tira y afloja*, en este caso, entre quienes defienden el orden que ha pretendido ser hegemónico y quienes utilizan como contrahegemonía la organización popular (Godínez, 2021). El orden hegemónico bajo el que opera la sociedad, es entonces deslegitimado con la formación y consolidación de organizaciones del tipo popular.

La idea de la deslegitimación del orden hegemónico se sustenta no sólo en lo concreto de la organización popular, sino también en la segregación socioespacial como fenómeno contemporáneo, en la pobreza multidimensional que se atrinchera en grandes bolsones marginados de los grandes centros urbanos, en la noción de que existen sujetos superiores a otros y que poseen el deber de civilizar aquello que es parte de esta disidencia del orden -supuestamente- legítimo. Pero, ¿qué tan legítimo es un orden social que deja fuera a la mayoría de la población que debería componerlo? En este sentido, ¿cuál es realmente la disidencia del orden hegemónico: la organización popular o la disciplina que históricamente se ha intentado instaurar en Chile desde las cúpulas de poder? Si se reflexiona sobre lo anterior y se sigue la lógica de las mayorías legítimas, entonces la real disidencia del orden hegemónico -entendiendo hegemónico esta vez como preponderante, y no impuesto- sería aquel



UNIVERSIDAD DE CHILE

orden que pretenden aparentar los sectores más pudientes del país, aquellos que reniegan del intrínseco carácter popular de Chile.

Ahora bien, reflexionando sobre la organización popular en Chile, y aportando también al debate de la legitimidad de lo hegemónico, es necesario reflexionar sobre las iniciativas territoriales de solidaridad que surgieron durante la Dictadura, y las directrices que han brindado para el contexto actual de crisis (Hardy, 2020). En dicho período, marcado por la fuerte represión, la pobreza y la desarticulación de los tejidos sociales que venían configurándose desde hace aproximadamente una década, las organizaciones territoriales fueron un eje fundamental de resistencia (Colectivo de Trabajo Social, 1984). Resistencia y ataque a las necesidades que nacían producto de la profunda pobreza; y resistencia también ante la represión, la persecución y el carácter de clandestinidad que debían tener muchas de las articulaciones sociales que decidieron seguir en pie o que se crearon durante el período en cuestión. ¿Por qué es relevante mencionar esto? Pues porque, en primer lugar, se constituye como un antecedente relevante a la hora de analizar el camino histórico de las organizaciones comunitarias en Chile y porque, en más de una dimensión, guarda estrechas relaciones con el actual contexto nacional.

En relación con lo anterior, es preciso establecer que durante la década de los 80, se configuró un nuevo actor social: el actor social popular (Hardy, 2021). Esto, en respuesta principalmente a la pobreza multidimensional que comenzaba a inmiscuirse en Chile, pero también como una respuesta a la creciente conciencia respecto de la estructuralidad del fenómeno, a la conciencia respecto de las consecuencias del nuevo modelo neoliberal. De esta manera, además de comenzar una reconstrucción del potente tejido social que fue destruido con el golpe militar y la represión incesante -entendiendo esto como una necesidad del contexto-, se generó un ánimo de transformación, de dejar a un lado el fatalismo y la exclusión que comenzaba a penetrar en los territorios. Entonces, además de organizarse para subsistir, se organizó para resistir y construir, colectivamente, un futuro que no está -y nunca ha estado- escrito (Hardy, 2021).



UNIVERSIDAD DE CHILE

Entendiendo que el neoliberalismo genera la segregación y la desconexión de las redes de apoyo colectivo de manera intencionada, entonces es preciso establecer que se genera una necesidad de apoyo colectivo, territorial, solidario. La sociedad se fragmenta, se desgarrá, cada día, con cada avance del sistema, “por las violencias estructurales, simbólicas, políticas, estatales, inorgánicas o interpersonales” (Araujo, p.15, 2019). De esta forma, se comienza a configurar una sociedad individualista, que no confía en el apoyo mutuo ni en el colectivismo, pues superpone -ante todo- la competencia, dificultando la solidaridad genuina entre las personas (Araujo, 2019). Y lo anterior produce también una serie de fenómenos a nivel individual, como el sentimiento de abandono, de insignificancia, de constante enfrentamiento con los demás. Por todo lo anterior, es que la organización es resistencia, es la búsqueda constante de redes de apoyo tejidas más allá de la necesidad y la contingencia, la construcción de un entramado social congruente y consistente, que funcione desde la autogestión y haciendo frente a la opresión.

### **Un fenómeno trascendente en la historia, el tiempo y su multidimensionalidad**

Las Ollas Comunes portan consigo -tal como se ha mencionado- una larga trayectoria histórica que ha configurado determinadas particularidades de este tipo de organización comunitaria. Ya sea por la cuestión social, la Dictadura o la crisis sociosanitaria actual, las comunidades más pobres cuentan con un historial de solidaridad popular que se ha materializado, entre otras cosas, con la consolidación de las Ollas Comunes como un fenómeno reconocido a lo largo de todo el país.

Relacionado con el inicio de la segregación socioespacial de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, los trabajadores protagonistas de la migración campo-ciudad se enfrentaron a un panorama que los posicionó en una situación no sólo de pobreza y desigualdad, sino también de poca dignidad. Las mujeres, quienes aún no estaban del todo integradas en el mundo laboral asalariado, debían hacerse cargo de mantener las



UNIVERSIDAD DE CHILE

tareas domésticas en orden. Ahora bien, ¿cómo lograr alimentar a una familia numerosa con un aporte monetario mínimo? La respuesta y única solución fue la organización comunitaria. Más de medio siglo más tarde, posterior al golpe de Estado de 1973, el fenómeno de las Ollas Comunes vuelve a surgir en Chile, aunque esta vez bajo otras circunstancias.

En primer lugar, y tal como sugiere Hardy (2020), las Ollas Comunes desarrolladas a inicios del siglo XX no tenían el carácter de organizaciones sociales permanentes, sino que eran más bien de índole transitoria y con un fuerte peso huelguista. En cuanto llegaban las soluciones a las demandas de las huelgas y paralizaciones sindicales, las Ollas Comunes dejaban de funcionar, puesto que eran utilizadas -si bien para saciar el hambre- como un instrumento de presión para las autoridades. Durante esta época, Chile se encontraba en pleno proceso de modernización y -como es de costumbre- ansiaba mostrar al mundo sus avances; sin embargo, con ello sólo conseguían generar un cúmulo de legítimas demandas por parte de quienes producían la riqueza y los avances del país: la clase trabajadora. No obstante, con el ascenso de la Unidad Popular en 1970, la precariedad laboral, la cesantía y los impedimentos para el buen vivir iban en disminución, lo que en consecuencia significó que la población no organizara Ollas Comunes, no sólo porque no había mayor necesidad, sino también porque los motivos de huelga estaban siendo apaleados (Hardy, 2020).

Sin embargo, lo anterior no duró por demasiado tiempo, puesto que las reglas del juego serían radicalmente modificadas desde 1973 en adelante. Durante la Dictadura que fue prolongada durante 17 años, fueron implantadas las lógicas neoliberales, generadoras y reproductoras de desigualdades y pobreza desmedidas. En este contexto, y bajo la fuerte represión que se llevó a cabo durante el período, la población vulnerada vió la necesidad de organizarse para saciar la necesidad de la alimentación, aunque claramente también como una forma de ejercer resistencia ante aquella amenaza inminente: el abandono y la violencia del Estado. Las Ollas Comunes son, entonces, más que una organización en tiempos de crisis o emergencias, más que



UNIVERSIDAD DE CHILE

una medida desesperada por acabar con el hambre; son formas de resistencia ante las injusticias de un sistema que desampara, y por lo tanto, mientras este sistema se reproduzca, la organización será una necesidad. Y es cada vez que estas desigualdades se hacen notar con más fuerza, que las Ollas Comunes resurgen. En este sentido, se vuelve pertinente reflexionar en torno a que, cada vez que el presunto poder legítimo ejercido desde el Estado se hace notar con más fuerza, cada vez que deja su aparente estado de reposo y deja ver su ejercicio desde el monopolio de la violencia en todo su esplendor, surge también -consecuentemente- una resistencia al -y de- poder con más fuerza. La resistencia al poder siempre está presente, puesto que -tal como ya se mencionó- ella permite aseverar que realmente se está ejerciendo poder, y en este constante juego de tira y afloja podemos encontrar una directa proporción: mientras mayor es la fuerza con la que se ejerce el poder, mayor será la resistencia que se le opone.

Respecto a esta dimensión de resistencia de poder que constituye en gran parte a las Ollas Comunes, es de suma relevancia delimitar qué alcance tiene y a qué refiero específicamente con ello. Cuando se desarrolla la idea de que las Ollas Comunes son una resistencia de poder, no se quiere decir que intentan resistir en el sentido más revolucionario de la palabra, sino que se configuran como una articulación que se resiste a lo homogéneo. Se resiste a funcionar como se pretende que funcione el mundo social visto como un todo. Y esta resistencia puede no ser voluntaria, pues nace desde una necesidad inherente al ser humano: la necesidad de alimentación. Entonces, no resisten intentando disputar el poder hegemónico, sino que resisten intentando funcionar bajo sus propias lógicas, porque las lógicas que se imponen desde los mecanismos de dominación no les alcanzan, no se adaptan a sus lógicas de funcionamiento. Esto, porque lo impuesto desde el orden mayor no atiende a la heterogeneidad social, sino que presume que lo social funciona como un todo y que, por ende, ha de ser homogéneo, aunque esto en la realidad no se presente así.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones de posibilidad del fenómeno? Y, ¿qué relación guardan con la marginalidad y la pobreza multidimensional? En respuesta a



UNIVERSIDAD DE CHILE

esto, y tal como sugiere Hardy (2020), es preciso ahondar sobre el contexto que primó después del golpe de Estado de 1973. Posterior al ataque militar perpetrado el 11 de septiembre, una ola de violencia, represión e incertidumbre desoló a miles de personas, y no sólo a aquellas que ya experimentaban una realidad vulnerable, sino que también hundió a cientos de familias en la pobreza y su miseria. Series de despidos, tasas de desempleo al alza, persecuciones políticas constantes y una avalancha de otros eventos que generaban una vida indigna e incierta dieron paso -obligadamente- a la búsqueda de formas de sustentar a familias y comunidades completas. Y así fue como se dio paso a la -¿por qué no?- más simbólica oleada de Ollas Comunes en Chile: las Ollas Comunes de la Dictadura (Hardy, 2020).

Más allá de los hechos concretos recién mencionados, con el pasar de los años, comenzaron también a hacerse latentes los efectos del neoliberalismo y su fiel compañero Estado Subsidiario. Y con ello también cambió la esencia de algunos fenómenos, como la marginalidad y segregación socioespacial. En la actualidad, si bien aún podemos hablar de la existencia de marginalidad y segregación de algunos sectores de la sociedad, éstos fenómenos no se desarrollan de la misma manera que lo hacían antaño, puesto que aquello que se constituía como su característica fundamental -la no integración al sistema hegemónico- ya no existe. Actualmente, es posible afirmar que la totalidad de la población se encuentra integrada -de alguna u otra forma, en mayor o menor medida- a las lógicas capitalistas de producción y reproducción social. Si bien los sectores de la ciudad que se ven mayormente azotados por la pobreza y que sufren la peor cara de las desigualdades siguen estando atrincherados en la periferia, como anillos periurbanos, están de igual manera inscritos en la urbe y en la lógica capitalista totalizante. Aún con lo anterior, es posible establecer que son sectores que igualmente están marginados, pero desde otra lógica. La marginalidad es ahora entendible desde el abandono estatal, desde la explotación privada y desde el estigma social. El conjunto de acciones que el Estado podría y debería tomar para evitar y remediar las desigualdades y la pobreza, son cosas que en la actualidad no existen, y que con su ausencia provocan un fuerte azote de



UNIVERSIDAD DE CHILE

inseguridad y sentimiento de abandono y rechazo por parte de los sectores populares, pues son relegados de seguridad y dignidad en toda dimensión humana.

Ante esto, y tomando en consideración el espiral que es la historia, comenzó a desarrollarse una fuerte organización popular, basada en la solidaridad y no en el asistencialismo instalado desde las lógicas subsidiarias del Estado, consolidada sobre el principio de la autosuficiencia y la potencialidad, recogiendo aquello que a principios de siglo había sido utilizado como un instrumento de presión para las autoridades y como un medio de búsqueda de la dignidad que les era arrebatada (Hardy, 2020).

Ahora bien, de acuerdo con Cortés (2017), y tal como se ha sugerido en el desarrollo de este ensayo, la marginalidad es un proceso plenamente dependiente de las lógicas de desarrollo capitalista y, por lo tanto, los sujetos que la experimentan no son marginales, sino que como producto de la constante modernización y aplastante dominación capitalista hacia determinados sectores de la sociedad, se genera una realidad marginal, que es habitada por determinados grupos sociales. Es dicha realidad marginal y segregada la que constantemente se intenta civilizar, pero ¿es realmente posible acabar con ella mientras se continúan reproduciendo las lógicas neoliberales y asistencialistas? Ante la inexistente intención de las autoridades de abolir este sistema económico, las mismas comunidades marginales han de buscar fórmulas para paliar sus necesidades: aún cuando no son acciones asistencialistas provenientes de organizaciones externas a la realidad marginal, la verdad es que son medidas paliativas ante una falencia netamente estructural. Y al ser esta realidad de índole estructural, no se le dará fin con la organización popular de Ollas Comunes; aunque éstas sí son medios de resistencia que deslegitiman -con legítimo derecho- esta estructura aplastante.

Con el fin de desarrollar un contraste y hallar similitudes, trascendencias y particularidades, es preciso contextualizar el fenómeno en la actualidad: Con la crisis sociosanitaria que afecta al país, han salido a flote nuevamente las falencias en necesidades básicas que experimentan los sectores marginados de la sociedad. Es



UNIVERSIDAD DE CHILE

así, entonces, como han vuelto a surgir las Ollas Comunes, y a fortalecerse también una serie de otras organizaciones populares.

En octubre de 2019 finalmente se sirvió aquello que llevaba cocinándose durante décadas: la olla a presión que contenía todas las desigualdades y abusos acumulados durante años, finalmente estalló. La población, ante la rabia, la impotencia y el sentimiento de abandono, decidió salir a las calles a exigir dignidad, y también comenzó a organizarse en función de conseguir una articulación social consistente, además de iniciar un ataque contra las necesidades básicas que gran parte de la población tiene, pero que son escondidas en las sombras (Araujo, 2019). Se volvió latente, entonces, la necesidad de *ser parte*, la necesidad de participar activamente, de hacerse y dejarse ver. Se comenzó a gestar, desde lo más profundo de la protesta, la esperanza de tejer un nuevo entramado social, de formar y conformar una nueva sociedad, de abandonar finalmente las competencias, los individualismos, los abusos, las vulneraciones y la explotación, para así, dar paso a la solidaridad, el compañerismo, el acompañamiento y la articulación social organizada. La legitimidad de aquello que jamás fue legítimo se puso en jaque y comenzó una lucha de poderes, de resistencias, un alzamiento por recuperar y construir una nueva legitimidad, una verdadera legitimidad. De esta manera, se terminó de romper el lazo hechizo entre sociedad civil e institucionalidad.

Así, el germen de la autogestión comenzó nuevamente a florecer, luego de estar durante años bajo tierra. Debido a ello, desde el 18 de octubre del 2019, “movimientos, marchas, asambleas y petitorios se han convertido en alternativas viables de organización” (Valenzuela y Toro, 2020). Y a medida que avanzó el tiempo, no sólo creció la represión del movimiento social, sino que también aumentó la articulación social en formas cada vez más complejas.

Desde marzo de 2020 que la pandemia de COVID-19 azotó a Chile y, tomando en cuenta el tópico de la marginalidad y desigualdad, es posible establecer -sin conjeturar demasiado- que no ha golpeado en igual magnitud a todos los sectores de la sociedad. Con esta epidemia mundial, han aumentado notablemente las tasas de



UNIVERSIDAD DE CHILE

cesantía y las condiciones laborales se han precarizado, sumando a lo anterior que las ayudas sociales por parte del Estado han sido escasas y tardías. Ante esta realidad, se ha dado paso a la creación de una Red de Ollas Comunes de la provincia de Santiago, que tiene como fin generar un mapa de apoyo para las familias y comunidades que han sufrido una mayor vulneración en su calidad de vida durante este período.

A partir de aportes voluntarios por parte de vecinos y vecinas y al esfuerzo de decenas de mujeres comprometidas con la reversión de las injusticias sociales y resignadas ante el hecho de que la organización por la vía institucional no ha resuelto ningún problema de raíz, es que se han conformado más de 200 Ollas Comunes en todo Santiago (Hardy, 2020). Por este motivo, es que la organización y solidaridad popular se ha convertido

en algo más que una organización alterna para cubrir necesidades básicas ya que, en última instancia, han mostrado reconstruir el tejido social, restaurar el sentido de comunidad y fomentar la participación ciudadana, convirtiendo en central y decisivo el involucramiento de mujeres, tal y como se ha podido analizar a través de experiencias como las ollas comunes (Godínez, 2021, p.213).

En los inicios de la pandemia el hambre azotó fuertemente a los sectores más pobres y vulnerables del país, atentando así el Estado -nuevamente- contra la dignidad de miles de personas que perdieron o disminuyeron drásticamente sus fuentes de ingresos, viendo éstas fuertemente limitada su capacidad de costear la alimentación y el pago de servicios básicos. Y en medio de una grave crisis sanitaria no sólo las prohibiciones por parte del Estado restringían la protesta colectiva, sino también el miedo ante un posible contagio y la vergüenza ante las calantes y crecientes necesidades que no podían ser satisfechas. Vergüenza que, dicho sea de paso, no habría de existir si no fuera por el estigma social que existe hacia la pobreza, la desinformación e indiferencia en cuanto a la profunda desigualdad social y, por



UNIVERSIDAD DE CHILE

sobretudo, si hubiese un Estado presente en el cotidiano vivir. Aún cuando ya han transcurrido 2 años desde el inicio de la revuelta popular y el inicio de la pandemia en Chile, la situación social no ha cambiado mucho. Las tasas de desempleo, el trabajo informal y la precariedad de las condiciones laborales continúan siendo una constante y, por lo mismo, la organización territorial no ha cesado. Las Ollas Comunes son, en la actualidad, un fenómeno de público conocimiento, aún cuando no reciban el debido reconocimiento en términos de legitimidad.

Y es que además de ser un fenómeno trascendente debido a la permanencia de su germen en el tiempo y a su re-consolidación en períodos de crisis, las Ollas Comunes cuentan con una serie de particularidades que las convierten en un fenómeno único, que carga con una historicidad marcada por la resistencia y la búsqueda de dignidad y subsistencia.

### **De autenticidad, particularidades y un orden invertido**

Considerando todo lo anterior, es necesario establecer las particularidades de las Ollas Comunes. En términos generales, destacan algunos aspectos propios de estas organizaciones tales como el liderazgo de las mujeres, la autonomía de los diversos focos en los que se llevan a cabo Ollas Comunes, lo simbólico de su resistencia y, por sobretudo, el funcionamiento en torno a la subsistencia.

Pues bien, primero lo primero: retomando algunas ideas generales, las Ollas Comunes son organizaciones autogestionadas, movilizadas por la voluntariedad -principalmente de mujeres- ante la urgencia de satisfacer la necesidad de la alimentación. Son espacios en donde el principio fundante no es el individualismo y, por lo tanto, no funcionan en torno a la consigna de *sálvese quien pueda*, sino que su maquinaria opera únicamente en función del trabajo colectivo, solidario y autónomo, en torno a que *sólo el pueblo ayuda al pueblo*.

Apuntando directamente a las particularidades del fenómeno, es preciso y fundamental mencionar el carácter principalmente femenino dentro de las Ollas



UNIVERSIDAD DE CHILE

Comunes (Hardy, 2020). Si bien se puede afirmar que su trabajo dentro de estas organizaciones es una extensión del trabajo doméstico, también es posible establecer que su trabajo pasa a adquirir un valor social, y ya no sólo privado. Ya no se trata únicamente de mantener limpio el hogar ni de cocinar a la familia, sino de generar un impacto en la vida de cientos de familias y hogares que, ante la necesidad y la falta de acciones estatales, se ven en la obligación de acudir a las Ollas Comunes diariamente para poder comer. Es en estas instancias donde la acción femenina se despliega, tomando las mujeres puestos dirigentes y siendo protagonistas dentro de la organización. No obstante lo positivo que resulta pensar el hecho de que un grupo históricamente oprimido por una sociedad patriarcal tome las riendas de una organización de una envergadura tal como las Ollas Comunes, también es importante reflexionar sobre la no participación masculina. Y esto último ha de deberse a que la cocina es socialmente atribuida a una labor femenina, una labor que no requiere de mayor especialización y que tampoco aporta ingresos, pues se desarrolla -en general- desde y para el mismo hogar. Entonces, en este marco, la participación femenina adquiere un carácter reivindicativo de aquello que está establecido, y se posiciona como una inversión de lo hegemónico, como una divergencia.

Por otro lado, también es importante rescatar que, aún cuando las Ollas Comunes sean un fenómeno con una alta difusión debido a su trayectoria y emergencia, no se configuran en torno a una única red de Ollas Comunes (Hardy, 2020). Cada una de las organizaciones dedicadas a la preparación y entrega de comida para las familias en situaciones vulnerables funciona -generalmente- de forma independiente a las demás. Esto, pues cada sector territorial tiene sus propias características y por tanto el hambre y las necesidades no se presentan con las mismas particularidades ni con la misma magnitud. No obstante la organización diferida de cada una, todas las Ollas Comunes reciben aportes voluntarios externos, que muchas veces son de vecinas y vecinos también pertenecientes a la comunidad aquejada por el hambre, o bien de organizaciones no gubernamentales abocadas a este tipo de labores. Y lo anterior se debe únicamente a que quienes son parte de la



UNIVERSIDAD DE CHILE

organización, también viven en una cuerda floja en lo que respecta a su situación económica (Hardy, 2020), puesto que el sistema no permite a las familias poder hacerse cargo de imprevistos, sino -con mucha suerte- gastar sólo en aquello que es imprescindible. Sin embargo, en la actualidad existe un mapa que ubica territorialmente a todas las Ollas Comunes que están en funcionamiento, lo cual significa un beneficio no sólo para quienes podrían necesitar acudir, sino también para las propias organizaciones puesto que permite construir un entramado sobre una misma y única premisa: la solidaridad popular.

En este marco, cabe recalcar dos elementos centrales y característicos: la autogestión y la subsistencia como una lucha que trasciende la búsqueda por la dignidad y que pasa a ser -finalmente- una lucha por la vida. En primer lugar, es preciso delimitar la capacidad de autonomía de las Ollas Comunes, puesto que como se mencionó anteriormente, igualmente dependen del aporte de -por ejemplo- organizaciones no gubernamentales; entonces, es en realidad una autogestión en el sentido de que cada vecina y vecino que participa en la Olla Común, se configura como una pieza activa de su funcionamiento, cada una y uno de ellos, *gestiona por y para sí y su comunidad*: en palabras de Hardy (2020), el trabajo colectivo por la subsistencia debe ser eficaz. En este sentido, la búsqueda por la subsistencia deja de ser una lucha por la dignidad en el sentido de que -en un contexto de emergencia- no se espera encontrar una vida digna propiamente tal, sino poder vivir y no morir de hambre; el horizonte es contar con alimentación. Y en el camino hacia ése horizonte se construye una vía de dignidad, efectivamente. Una dignidad sostenida sobre el pilar de la solidaridad y la colectividad, sobre la confianza en el otro. Así, además de buscar la vida, se construye la dignidad.

En términos de actualidad, es imposible dejar fuera la impredecibilidad de las Ollas Comunes para enfrentar la crisis social desde 2019 y la pandemia por COVID-19 desde 2020. La entrega de alimentos no sólo ha servido para permitir a las familias solventar algunos gastos -entendiendo que si no acudieran a la Olla Común tendrían que gastar dinero en comida, mientras que asistiendo pueden “ahorrar” para otros



UNIVERSIDAD DE CHILE

gastos-, sino también para entregar alimentos a quienes han contraído la enfermedad por COVID-19 y no pueden salir de sus hogares a trabajar y/o comprar los insumos necesarios para la subsistencia (Vidal, 2021). Y es que de acuerdo al testimonio de mujeres protagonistas de la organización de algunas Ollas Comunes, las autoridades desconocen la realidad de la mayoría de la población en Chile y que debido a ello el pueblo debe hacer uso de su cualidad organizativa, entendiendo que no sólo conocen desde fuera la realidad de sostener una familia sin los ingresos suficientes, sino que viven en dicha realidad (Reyes, 2020). Entonces, las reales autoridades para definir si la realización de las Ollas Comunes son o no legítimas o si debiesen ser multadas por la infracción de las normas sanitarias impuestas para mantener bajo control la pandemia, son efectivamente quienes protagonizan la realidad que requiere con urgencia de una organización que les provea de alimento, ante la fatal ausencia del Estado (Reyes, 2020).

### **Culpas, causalidades y reflexiones finales**

Las Ollas Comunes, entendidas como articulaciones sociales trascendentales, con un objetivo claro y con un horizonte plantado en la subsistencia, son organizaciones que no desaparecerán por lo pronto. Esto puede ser analizado desde dos perspectivas contrapuestas: una positiva y una negativa. La dimensión negativa de que las Ollas Comunes tengan aún más futuro por delante es que de ello se desprende que las situaciones de marginación, vulnerabilidad y pobreza multidimensional seguirán desarrollándose, o bien se mantendrán, y por ende las personas seguirán teniendo la necesidad de organizarse para poder alimentarse porque sus ingresos no les alcanzan para cubrir los gastos básicos. Y es desde aquí mismo que se desprende la perspectiva positiva del asunto: la organización continuará, y conjunto con ello, se reproducirán lógicas alejadas del individualismo, de la competencia, del sálvese quien pueda... Se seguirán abriendo puertas de solidaridad popular, de acompañamiento y



UNIVERSIDAD DE CHILE

potenciamiento entre pares, de crítica al modelo homogeneizante bajo el que nos encontramos inmersos.

Y es que allí radica la contradicción de las Ollas Comunes: el sistema permite a la sociedad civil la autogestión, entendiéndose como una empresa para la subsistencia, sobre las premisas mismas del liberalismo que sugieren la idea de que el destino de las personas está en sus propias manos y que, por ende, deben autofinanciar sus necesidades (de Marinis, 1999). Pero la organización como tal, en sí misma, es una crítica al sistema, puesto que ante la ausencia de providencia estatal, son los grupos humanos organizados, en las más precarias condiciones, quienes deben saciar tal básica cosa como lo es la alimentación. Con ello emprenden su crítica, aunque tal vez no vociferando sus demandas, pero sí con el hecho mismo de recurrir a la organización. ¿Por qué sería esto una crítica al sistema que permite e incluso pretende fomentar la autogestión y el *emprendimiento*? Pues porque esto no es una fuente de negocios ni tampoco funciona sobre las lógicas neoliberales del lucro, la explotación y la ganancia desmedida de dinero. Es vista, entonces, por los más raudos predicadores del neoliberalismo, como algo que debe cubrirse, mas no como una falla del sistema, puesto que en las realidades pobres, vulnerables y miserables es donde reside el éxito de sí mismos.

En este marco, es preciso recordar la idea de que las Ollas Comunes se insertan dentro de un marco organizativo mayor, que a su vez se inserta en el marco de desmembramiento de las articulaciones y cordones sociales con la llegada del neoliberalismo y la represión de la Dictadura. Entonces, son organizaciones que se construyeron y que han persistido en el tiempo debido a que se ha configurado y reconfigurado constantemente una trinchera de resistencia organizativa territorial, que a su vez ha persistido debido a la profundización de las lógicas neoliberales en el país, aún después del paso a la democracia. En este sentido, se articulan los territorios en función de saciar el hambre y, por lo mismo, es posible afirmar que la urgencia ante la necesidad de saciar el hambre permite organizar a grupos originalmente no organizados.



UNIVERSIDAD DE CHILE

¿Por qué es esto importante? Pues porque las Ollas Comunes, pese a ser organizaciones con una larga trayectoria histórica, con un gran peso en la memoria colectiva nacional popular, no son organizaciones que puedan caracterizarse como mancomunadas. No cuentan con un hilo conductor de norte a sur del país que las dirija o las organice en conjunto, sino que cada una de ellas, a partir de una matriz común de subsistencia, funcionan sobre las lógicas propias de su localidad. Así, una Olla Común de Pudahuel, no funciona igual que una Olla Común de Maipú. No porque no respondan a lo mismo, sino porque son organizaciones territoriales, y como tales, responden a las necesidades y funcionamiento propio de su territorio.

Por otra parte, las organizaciones comunitarias en general funcionan como una forma de lucha por la democracia, creando así una forma de democracia interna, entonces, cabe cuestionarse si efectivamente se configuran como una lucha por la democracia a nivel macroestructural. Esto, porque finalmente acaban siendo más bien una dimensión de la lucha por la democracia, una recuperación del espacio y el tiempo perdido, en cuanto a las articulaciones sociales que fueron desarticuladas durante el período de la Dictadura. Ahora bien, recogiendo la idea de la formación de una democracia interna, ¿no nos encontramos frente a un fenómeno individualista? Pues, sí y no. Depende desde donde se mire. Si ponemos el foco en que son organizaciones creadas para salvar una necesidad contingente, que no pretenden instalarse en la sociedad civil como trincheras de resistencia más allá de la subsistencia, entonces sí se podrían calificar -en cierta forma- de individualistas. Ahora bien, si se analiza desde el punto de vista de la solidaridad popular en los territorios, de la solución autogestionada y desinteresada que se dirige entre y hacia vecinos de una misma localidad, entonces, las Ollas Comunes se configuran como organizaciones colaborativas y contra-individualistas.

Atendiendo a lo anterior, cabe señalar que la resistencia y las luchas que se van generando a medida que las Ollas Comunes se fortalecen -cuando las crisis alimentarias son muy prolongadas, como es el caso de la pandemia actual-, son resistencias y luchas gestadas -de cierta manera- inconscientemente. Quienes



UNIVERSIDAD DE CHILE

componen la organización no tienen como objetivo el configurarse como actores de resistencia y/o que luchan en contra del sistema, sino que simplemente buscan articular una organización funcional que sea capaz de financiar y gestionar la alimentación de una determinada comunidad. Y en ese proceso, por las cualidades propias de una organización autogestionada y sin fines de lucro que se desarrolla en medio del sistema neoliberal, se posicionan como trincheras de resistencia y lucha.

Finalmente, creo relevante recalcar la importancia de no olvidar. No sólo no olvidar el pasado reciente -como podría ser el estallido social y las consecuencias sociales de la pandemia por COVID-19-, sino también mantener siempre presente el pasado de las Ollas Comunes y de las organizaciones comunitarias en general, pues es desde allí que se obtienen claves fundamentales para comprender el presente y para construir, paso a paso, un futuro que no mire al futuro. Un futuro que mire constantemente al abismo, al espiral que son el tiempo y la historia. Entendiendo y manteniendo como premisa fundamental la agencia de los sujetos, la heterogeneidad social -y su importancia-, con el fin de no dejar de lado a quienes siempre han sido excluidos y, de esta manera, emprender un camino hacia la inclusión y la integración, pero sin intenciones homogeneizantes. Incluir e integrar en un sentido no sólo material, sino también simbólico. Dar la relevancia necesaria a la diversidad, pues todos y todas somos parte de ella. No hay un camino fijo que se deba seguir, sino que se pueden seguir y construir una serie de caminos diversos, y esto no implica, por supuesto, dejar de buscar cambios a gran escala; implica más bien no dejar de considerar la relevancia de los cambios a nivel local. Reconocer, también -y sin falta- el valor social del trabajo femenino, más allá de lo puramente doméstico, entendiendo que sin nosotras, no habría tal cosa como las Ollas Comunes.

Hago un llamado, entonces, a atender y no dejar morir a nuestros fantasmas del pasado, porque están aquí, siempre con nosotros; y a no dejar de observar y sorprenderse con el presente por estar calculando un futuro que aún no existe.



UNIVERSIDAD DE CHILE

## Referencias Bibliográficas

- Araujo, K. (Ed). (2019). *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago: Editorial USACH.
- Boron, A. (2006). Poder, “contra-poder” y “antipoder”. *J. Holloway, Contra y más allá del capital*, 127-147.
- Colectivo de Trabajo Social (1984). 10 años de Trabajo Social: Notas para una discusión. *Revista de Trabajo Social*, N°42, 5-10.
- Cortés, A. (2017). Aníbal Quijano: marginalidad y urbanización dependiente en América Latina. *Polis (Santiago)*, 16(46), 221-238.
- De Marinis, P. (1999). Gobierno, Gubernamentalidad, Foucault y los Anglofoucaultianos (Un Ensayo sobre la Racionalidad Política del Neoliberalismo). En García Selgas, F. y Ramos Torres, R. (Eds.): *Retos Actuales de la Teoría Social: Globalidad, Reflexividad y Riesgo*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.
- Espinoza, D. (30 de abril de 2020). Vivienda y segregación social, las otras desigualdades que el COVID-19 hizo visibles. *Revista Palabra Pública*. Recuperado de <https://www.uchile.cl/noticias/162994/vivienda-y-segregacion-social-en-el-marco-del-covid-19>
- Espinoza, D. (23 de julio de 2020). Ollas comunes: lección de resistencia y solidaridad en tiempos de crisis. *Revista Palabra Pública*. Recuperado de



UNIVERSIDAD DE CHILE

<https://palabrapublica.uchile.cl/2020/07/23/ollas-comunes-resistencia-solidaridad-crisis-2/>

- Foucault, M. (2007). *Historia de la Sexualidad*. Madrid, España: Siglo XXI.
  
- Godínez, L. C. R. (2021). Comunes frente a los cercamientos y extractivismos de sobreexplotación: una revisión desde el contexto de la pandemia del COVID-19. *UNIVERSITAS. Revista de Filosofía, Derecho y Política*, (36), 206-221.
- Hardy, C. (2020). Crisis y Organización Popular: Lecciones para leer el presente y construir el futuro. *Fundación FES*.
  
- Hardy, C. (2020). *Hambre + Dignidad = Ollas Comunes*. LOM Ediciones. Recuperado de [https://eurosocial.eu/wp-content/uploads/2020/10/Hambredignidad\\_web.pdf](https://eurosocial.eu/wp-content/uploads/2020/10/Hambredignidad_web.pdf)
  
- Hardy, C. (2020). Organizarse para vivir: Pobreza urbana y organización popular. *LOM Ediciones*.
  
- Illanes, M.A. (2006). *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las Visitadoras Sociales (1887-1940)*. LOM Ediciones. 11-40.
  
- Matus, T. (2009). *Las pioneras del trabajo social en: Mujeres chilenas, fragmentos de una historia*. Compiladora Sonia Montecino. Editorial Catalonia, 2° Edición Santiago. (pp.219-234).
  
- Petras, J. (2003). Neoliberalismo, resistencia popular y salud mental. *BARBECHO, Revista de Reflexión Socioeducativa* (2), 13-16.
  
- Quijano, A. (1992). *Colonialidad y Modernidad/Racionalidad*. Perú Indígena 13(29).



UNIVERSIDAD DE CHILE

- Reyes, J. (2020). Desigualdad y ollas comunes para combatir la pandemia. *CIPER Chile*. Recuperado de <https://www.ciperchile.cl/2020/06/19/desigualdad-y-ollas-comunes-para-combatir-la-pandemia/>
  
- Rodríguez, A., & Winchester, L. (2001). Santiago de Chile: Metropolización, globalización, desigualdad. *EURE (Santiago)*, 27(80), 121-139.
  
- Valenzuela, M. y Toro, S. (23 de marzo de 2020). Chile en el punto de quiebre: la nueva organización ciudadana en momentos de ruptura con el Estado. *CIPER Chile*. Recuperado de <https://www.ciperchile.cl/2020/03/20/chile-en-el-punto-de-quiebre-la-nueva-organizacion-ciudadana-en-momentos-de-ruptura-con-el-estado/>
  
- Vidal, B. (9 de junio de 2021). “Las ollas comunes son necesarias”: Organizaciones siguen entregando alimentos en Pudahuel. *Diario Tropezón*. Recuperado de <https://www.tropezon.cl/2021/06/las-ollas-comunes-son-necesarias-organizacion-es-siguen-entregando-alimentos-en-pudahuel/>